



PROGRAMA
INTERUNIVERSITARIO
de
HISTORIA POLÍTICA

Sociedades barriales, bibliotecas populares y cultura de los sectores populares: Buenos Aires, 1920-1945

Author(s): Leandro H. Gutiérrez and Luis Alberto Romero

Reviewed work(s):

Source: *Desarrollo Económico*, Vol. 29, No. 113 (Apr. - Jun., 1989), pp. 33-62

Published by: [Instituto de Desarrollo Económico y Social](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/3466761>

Accessed: 16/03/2013 22:52

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



Instituto de Desarrollo Económico y Social is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Desarrollo Económico*.

<http://www.jstor.org>

SOCIEDADES BARRIALES, BIBLIOTECAS POPULARES Y CULTURA DE LOS SECTORES POPULARES: BUENOS AIRES, 1920-1945*

LEANDRO H. GUTIERREZ Y LUIS ALBERTO ROMERO**

Entre el fin de la Primera Guerra Mundial y el de la Segunda, Buenos Aires experimentó, callada y tranquilamente, una serie de cambios físicos, sociales y culturales que configuran una etapa definida de su evolución social; esta etapa enlaza dos momentos mucho mejor conocidos de su historia: el del espectacular crecimiento de fines del siglo XIX y el de la transformada ciudad de masas del peronismo¹.

Por obra de los loteos, los tranvías y los colectivos, el espacio urbano fue ocupándose y haciéndose denso: hacia 1940 los espacios vacíos ya eran escasos y el crecimiento se intensificaba en la periferia más inmediata. La pavimentación de las calles y la concesión de permisos de edificación dan cuenta de este lento pero sostenido avance, que sin embargo no acababa de eliminar los manchones de "barro y pampa". Otros indicios: el alumbrado eléctrico desplazó al de querosene y los colectivos (que al principio sólo fueron taxis modificados) complementaron a los tranvías y los subterráneos, que funcionaban desde 1913.

La población mantuvo un significativo crecimiento, que rondó el 2 % anual, hasta que, hacia 1947, la ciudad pareció alcanzar sus límites de contención. Luego del fin de la Primera Guerra se reanudó el flujo de inmigrantes europeos y, detenido éste en 1930, comenzó a tener peso el de las zonas rurales más próximas. Con los hijos de los inmigrantes, y con los migrantes internos, entre quienes la presencia femenina era importante, la población se argentinizó y se equiparó la relación entre los sexos².

* Investigadores del CONICET en el PEHESA-CISEA.

** La investigación en la que este texto se basa ha recibido apoyo del IDRC, del CISEA y del CONICET. En ella colaboraron Ricardo González, Juan Suriano y Éma Cibotti. Agradecemos los comentarios de los colegas que leyeron diferentes versiones de este texto, y muy especialmente los de Carlos Altamirano, Néstor García Canclini, Juan Carlos Korol, Hilda Sabato y Beatriz Sarlo.

¹ James SCOBIE: *Buenos Aires, del centro a los barrios, 1870-1910*, Solar, 1977; Guy BOURDE: *Buenos Aires, urbanización e inmigración*, Huemul, 1977; José Luis ROMERO y Luis Alberto ROMERO (directores): *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*, Ed. abril, 1983; Charles SARGENT: *The spatial evolution of greater Buenos Aires, 1870-1930*, Tempe, Arizona State University, 1976; Francis KORN: *Buenos Aires: los huéspedes del 20*, Sudamericana, 1974. Una imagen visual de la ciudad en *Buenos Aires. Visión fotográfica*, por Horacio COPPOLA, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1936, y *Buenos Aires ayer*, Manrigue Zago Ediciones, 1982.

² Zulma RECCHINI de LATTES: *La población de Buenos Aires. Componentes demográficos del crecimiento*, Editorial del Instituto. 1971, y "La población: crecimiento explosivo y desaceleración", en J. L. ROMERO y L. A. ROMERO (dir.), *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*.

Las actividades de los habitantes se modificaron en parte. Hasta entonces la ciudad, capital y puerto, había sido predominantemente burocrática y comercial, aunque ciertamente contaba con una red de talleres y pequeñas empresas artesanales y también algunos grandes establecimientos. En los años veinte comenzaron a notarse los efectos del crecimiento industrial, mucho más visible luego de 1935; así, talleres y fábricas se desplegaron por la periferia de la ciudad, a ambos lados de la avenida General Paz, desde el Río de la Plata hasta el Riachuelo, para extenderse inmediatamente por el Gran Buenos Aires. Los obreros industriales fueron proporcionalmente más que antes, aunque su presencia no llegó todavía a singularizarse en el conjunto de los restantes trabajadores³.

Quizás el rasgo más característico de la ciudad de entreguerra —aquel que ha dejado una marca clara en expresiones culturales urbanas como el tango— sea la constitución de numerosos barrios nuevos, cuya aparición tiene que ver con una forma peculiar del crecimiento urbano y de la ocupación de los espacios. A los barrios más tradicionales —San Telmo, Barracas, la Boca, San Cristóbal, Balvanera y el Norte— que a fines de siglo rodeaban el Centro, se agrega una primera periferia, visible hacia 1910: Almagro, Caballito, Flores, Belgrano, el Bajo Belgrano, Palermo o Villa Crespo. En la entreguerra crecieron notoriamente Patricios, Pompeya, Mataderos, Soldati, Lugano, La Paternal, Versalles, Vélez Sarsfield, Saavedra, Villa Devoto o Villa Urquiza. Estas denominaciones nuevas se refieren a unidades extensas, que a menudo encierran otras menores —en algún caso con nombre específico (como Villa Mitre, que analizaremos) y en otros con identidad menos precisa— a los que cabe estrictamente la denominación de barrios. Las sociedades que se empiezan a formar en los barrios constituyen lo más típico de la ciudad de entreguerra y son el marco principal de la conformación de una nueva cultura popular.

A lo largo de las décadas del veinte y el treinta, la mayoría de estos barrios fueron todavía instalaciones aisladas, separadas de las vecinas por anchos espacios desocupados. Los servicios urbanos los beneficiaron muy poco al principio (al punto que su obtención se constituyó en uno de los objetivos de los nuevos núcleos y uno de los principales impulsores de la organización de la nueva sociedad). Pero poco a poco, luego de los loteos, comenzaron a aparecer las nuevas viviendas, concreción inicial del persistente ideal de la casa propia⁴.

Esta gente constituyó una sociedad que distaba de ser homogénea. En ella se confundían los argentinos y los inmigrantes, aunque esta distinción fue progresivamente menos relevante. Convivían obreros, empleados, maestros, pequeños comerciantes, profesionales y muchos otros sin ocupa-

³ Jorge SCHVARZER: "La implantación industrial", en J. L. ROMERO y L. A. ROMERO (dir.), *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*; Javier VILLANUEVA: "El origen de la industrialización argentina", *Desarrollo Económico*, 12, 47, octubre de 1972.

⁴ Oscar YUJNOVSKY: "Del conventillo a la villa miseria", en J. L. ROMERO y L. A. ROMERO (dir.): *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*; Leandro H. GUTIERREZ y Juan SURIANO: "Vivienda, política y condiciones de vida de los sectores populares. Buenos Aires, 1880-1930", en *La vivienda en Buenos Aires*, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1985.

ción fija, integrantes del grupo de los “vagos” o desocupados característicos del folklore barrial⁵. A diferencia del conjunto compacto de trabajadores, característico de barrios como la Boca a principios de siglo, aquí se advierten los efectos del intenso proceso de movilidad que caracteriza a la sociedad de Buenos Aires: no sólo la distribución a lo largo de la escala social se ampliaba, sino que las expectativas mismas hacían que las posiciones realmente existentes no fueran consideradas como definitivas. Probablemente, esa movilidad —su realidad o las expectativas que su imagen generaba— tenga que ver con la atenuación de los conflictos sociales que caracterizó a este período, luego del momento de aguda confrontación que siguió al final de la guerra. Era, en suma, una sociedad popular⁶.

En la constitución de cada una de estas sociedades barriales tuvo enorme importancia un conjunto de asociaciones de distinto tipo: sociedades de fomento, clubes, asociaciones mutuales, comités de partidos políticos y bibliotecas populares, que respondían a las múltiples e imperiosas necesidades de los nuevos barrios y cuya proliferación fue característica de esta etapa de su desarrollo. En conjunto, constituyeron una densa red en torno de la cual se organizó la sociedad local.

Estas instituciones son parte de un proceso más amplio, al que coadyuvaban significativamente, por el cual en los barrios fueron conformándose formas regulares de interacción, redes establecidas, fines comunes acordados, normas y valores implícitos, formas de identidad barrial, y también

⁵ Roberto ARLT incluye, en sus *Aguafuertes porteñas*, un repertorio completo de estos desocupados de barrio, y ofrece una aguda visión de estas sociedades barriales de los años '30 y '40.

⁶ Elegimos hablar de sectores populares, conscientes de la ambigüedad del término, porque nos permite recortar un espectro social más amplio que el delimitado por términos más clásicos como “trabajadores” u “obreros”. Esto es importante en una sociedad de fortísima movilidad, donde los estratos sociales se diluyen y reconstruyen permanentemente, y donde se percibe la existencia de una suerte de zona de tránsito, por la cual algunos marchan hacia las clases medias establecidas y otros, en sentido inverso, hacia el sector más específico de los trabajadores. Por las mismas razones, nos parece poco adecuado emplear el término “clase media” en el sentido omnicompreensivo y omniexplicativo con el que se la ha usado tradicionalmente. Por otra parte, queremos ver a los integrantes de este actor social no sólo en su carácter de productores sino en relación con el conjunto de sus experiencias comunes —por ejemplo, las de la vida familiar o el tiempo libre— que generan agrupamientos diferentes de los basados exclusivamente en lo laboral. Dentro de estos sectores reconocemos la constitución de distintas identidades, configuradas por las experiencias de los actores y las formas culturales a través de las que las perciben, influidas a su vez por la acción del conjunto de los actores de una sociedad. Estas identidades marcan, en un período, la línea principal, aunque no exclusiva, y son configuraciones que, en torno de un núcleo consistente, presentan un alto grado de indeterminación en sus márgenes. Sobre estos conceptos y sus fundamentos teóricos puede verse: Luis Alberto ROMERO: “Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas: la cuestión de la identidad”, *Desarrollo Económico*, 27, 106, julio de 1987, y “Los sectores populares urbanos como sujeto histórico”, *Sociológica*, México, por aparecer. Una caracterización de las grandes líneas de las identidades constituidas en el campo de los sectores populares entre 1880 y 1950 puede encontrarse en PEHESA: “La cultura de los sectores populares: manipulación, inmanencia o creación histórica”, *Punto de Vista*, VI, 18, agosto de 1983. Si bien esta conceptualización se apoya en los planteos clásicos de autores como Hobsbawm, Thompson o Rudé, debe recordarse que la sociedad de Buenos Aires, en razón de su fuerte movilidad, es radicalmente diferente. Al respecto resulta iluminador el texto de Gareth STEDMAN JONES: “Cultura y política obrera en Londres, 1870-1900: notas sobre la reconstrucción de una clase obrera”, *Teoría*, 8-9, Madrid, octubre de 1981. Muchos más reveladores, en razón de la similar movilidad social, son los estudios sobre sociedades urbanas en los Estados Unidos: Stephan THERNSTROM: *Poverty and Progress: Social Mobility in a 19th Century City*, 1964, y Roy ROSENZWEIG: *Eight Hours for what we Will. Workers and Leisure in an Industrial City, 1870-1920*, Cambridge University Press, 1985.

liderazgos aceptados, prestigios establecidos, jerarquías convalidadas y, en definitiva, elites barriales, cuya existencia y modos de relación con la comunidad también tenía que ver con esas instituciones culturales.

Entre ellas, un tipo singular fueron las bibliotecas populares. Si bien existían desde fines del siglo pasado, su gran crecimiento se produjo entre 1920 y 1945: entre 1924 y 1930 su número osciló en 46; entre 1930 y 1936 se elevó a 90 y entre 1937 y 1945 a algo menos de 200. Se las encuentra en prácticamente todos los barrios de la ciudad. En muchos casos surgieron por iniciativa de un grupo de vecinos; a veces mantuvieron existencia institucional autónoma y otras terminaron incluyéndose en algún club o, muy frecuentemente, en la escuela, aunque conservando su identidad. En muchos otros casos, surgieron adosadas a otro tipo de instituciones —clubes o sociedades de fomento— que invariablemente creían útil y necesario tener una biblioteca pública. Entre estas instituciones, quizá la más activa haya sido el Partido Socialista, que para 1932 poseía 56 bibliotecas, vinculadas a sus centros. La Municipalidad acompañó, más lentamente, este movimiento espontáneo de la sociedad, promoviendo sus propias bibliotecas barriales, aunque su dispersión fue menor, limitándose a los barrios más antiguos y más poblados. Además de reunir y prestar libros, estas bibliotecas organizaban regularmente conferencias, dictaban cursos de cultura general o de capacitación profesional (como mecanografía), organizaban actividades artísticas, como grupos teatrales o corales, o grupos de lectura comentada, y también otras específicamente recreativas: bailes, fiestas o picnics⁷.

Esta proliferación está vinculada, en primer lugar, con la amplia alfabetización de la sociedad porteña, producto de la intensa acción estatal: según los datos de A. Bunge, el porcentaje de analfabetos mayores de siete (o diez) años cae del 18 % en 1914 al 7 % en 1938⁸, y aunque esto no implique que todos los incluidos como alfabetos estuvieran en condiciones de realizar una lectura sistemática, el dato es ilustrativo del aumento de la clientela potencial para el uso de los libros. Esto está corroborado por la elevación de la tirada de los diarios, la aparición de revistas de gran popularidad, de folletines o “novelas semanales y de un amplio espectro de editoriales dedicadas a la edición de libros baratos”⁹.

Nuestra hipótesis es que estas bibliotecas populares conformaron uno de los ámbitos específicos en los cuales se reconstituyó la cultura de los

⁷ *Boletín Municipal de Estadísticas, 1924 a 1941*. Angel M. GIMENEZ: *Nuestras bibliotecas obreras*, Sociedad Luz, 1932. Las cifras corresponden a las bibliotecas más formalmente establecidas; el número total, que incluiría las existentes en clubes y otras instituciones, es difícil de determinar. Un dato ilustrativo es que la *Revista de Economía Argentina*, una publicación relativamente especializada, llegaba en 1928 a 64 bibliotecas.

⁸ Alejandro BUNGE: *Una nueva Argentina*, Guillermo Kraft Ltda., 1940. Los datos de 1914 corresponden a mayores de 7 años y los de 1938 a mayores de 10.

⁹ Jorge B. RIVERA: “La forja del escritor profesional (1900-1930). Los escritores y los nuevos medios masivos”, en *Capítulo. Historia de la literatura argentina*, vol. 3, CEAL, 1981; Beatriz SARLO: *El imperio de los sentimientos*, Catálogos, 1985. Luis Alberto ROMERO: *Buenos Aires en la entretreguerra: Libros baratos y cultura de los sectores populares*. CISEA, 1986. Para el período anterior a 1910, Adolfo Prieto realiza un excelente análisis del proceso de alfabetización y de la difusión de la lectura en *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Sudamericana, 1988.

sectores populares, organizados en los barrios, en tanto muchas de las cosas que allí ocurrían, se decían o se leían, empalmaban con experiencias novedosas y singulares. En muchos aspectos, como se verá, eran compartidas con otras instituciones barriales, pero en una dimensión, la que tiene que ver con la cultura erudita, aportaron un elemento singular y casi exclusivo. Aunque están lejos de agotar el conjunto de espacios sociales, de mensajes y discursos y de experiencias que se amalgaman en la conformación de una nueva forma cultural, estas bibliotecas tuvieron, por entonces, un papel especial que tiene que ver con un cruce singular entre ciertos aspectos de la cultura erudita y ciertas experiencias sociales vividas por los habitantes de los barrios¹⁰.

Del conjunto de experiencias sociales, de ámbitos y mensajes que podrían estudiarse, elegimos un cruce específico, en torno del cual se ubican otros muchos: el de las nuevas experiencias barriales vinculadas con el asociacionismo y con las formas eruditas de la cultura, o cultura culta. De las distintas líneas incluidas en los mensajes, destacamos una que nos parece particularmente importante: la vinculada con los ambientes progresistas, liberales o de izquierda (elementos que se integran en proporciones variables), visible por ejemplo en el Partido Socialista y sus agencias culturales, en los intelectuales de Boedo o los grupos de apoyo a la España republicana, en los médicos higienistas o en los maestros de tradición sarmientina, en el Instituto Popular de Conferencias o en la revista *Claridad*. En uno de sus bordes —por ejemplo a partir de la novela social o de tesis del siglo XIX, de Zola o Dostoievski— esta línea se vincula con otra, más atenta al entretenimiento o la evasión, presente por ejemplo en la editorial Tor o en Leoplán, y en la nueva novela policial. Con este foco se vinculan otros mensajes: los que tienen que ver con la Iglesia, singularmente activa en este período, el Estado a través de las escuelas, y también lo relacionado con la radio o el cine.

El propósito de este trabajo es reconstruir esta zona, muy significativa, de la cultura de los sectores populares porteños en la entreguerra, explorando las relaciones existentes entre los nuevos mundos sociales barriales y los ámbitos específicos de las bibliotecas. Entre ambos se constituye una zona común de experiencias y significaciones que, con otros elementos, se integra en el conjunto más amplio de la sociedad y la cultura barrial, y constituye una ventana significativa para su comprensión. Se procurará

¹⁰ Entendemos por cultura el conjunto de representaciones simbólicas y sentidos sociales, constituidos por una sociedad pero a su vez constituyentes de ella, y de las prácticas e instituciones relacionadas con su producción, circulación y consumo. Se entiende que es de los sectores populares en dos sentidos complementarios: se trata de lo que estos sectores se apropian o reciben de un capital cultural común, y en ese sentido se trata en cierta forma de una cultura parcial y degradada, y de lo que estos sectores construyen como espacio propio en el orden hegemónico, lo que no significa necesariamente que sea alternativa o de oposición. Véase al respecto Raymond WILLIAMS: *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980, y *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte*. Barcelona, Paidós, 1981. Cuando nos refiramos al sentido más tradicional de cultura (pues el cruce entre ambos conceptos constituye uno de los temas de este trabajo) utilizaremos la fórmula "cultura" o cultura erudita. Sobre los mecanismos de procesamiento, y en particular los conceptos de ámbitos, mensajes y mediadores, véase Leandro H. GUTIERREZ y Luis Alberto ROMERO: "La cultura de los sectores populares porteños (1920-1930)", en *Espacios de crítica y producción*, 2, julio de 1985.

mostrar cómo la sociedad barrial se estructura en torno de una gran variedad de instituciones y asociaciones, de las cuales las bibliotecas son un exponente muy típico, y de qué manera las bibliotecas, vinculadas al mundo de la cultura establecida, seleccionan de él ideas y “mensajes” y los traducen en relación con las necesidades y requerimientos de las sociedades barriales, sus experiencias y sus tradiciones. Se pondrá de manifiesto cómo estos mensajes contribuyen a moldear y configurar las experiencias sociales y, a la vez, cómo puede leerse en estos mensajes —es decir, en la peculiar selección y traducción— muchos de los rasgos de la cultura barrial.

Para ello, en la primera parte se analiza la posición de estas instituciones, como bibliotecas y sociedades de fomento, en la formación de la sociedad barrial. En la segunda se considera la relación entre las bibliotecas y el nuevo tipo de vida y organización familiar, y particularmente la nueva posición de la mujer, que no por casualidad constituye el público principal de las bibliotecas. En la tercera se considera la función de las bibliotecas, compartida con otras instituciones, en la utilización del tiempo libre. En la cuarta se analiza la dimensión específica de estas bibliotecas: su papel como intermediarias respecto del mundo de la “cultura”. Con estos elementos se encara, en la quinta sección, un tema que ocupa una posición central en esta forma de cultura: la percepción de los conflictos sociales. Finalmente, en las conclusiones se resumen y relacionan los distintos aspectos de esta cultura y se esbozan las causas posibles de su transformación.

Para este análisis nos apoyaremos en referencias tomadas de un conjunto de instituciones de distintos barrios, y particularmente en dos casos específicos y diferentes, que hemos analizado en profundidad: la Corporación Mitre, de Villa Nazca, y la Biblioteca Popular de Barracas¹¹. La primera es una sociedad de fomento en la que se creó una biblioteca, que luego adquiere vida propia; la segunda es específicamente una biblioteca popular. El Barrio Nazca, ubicado entre las calles Cuenca, Camarones, Bolivia y Carranza, es un conjunto de 500 casitas construidas por la Compañía de Construcciones Modernas, en acuerdo con la Municipalidad, dentro de un programa general de edificación de casas baratas. Si bien los créditos eran muy amplios, la cuota era lo suficientemente alta como para que los adquirentes fueran mayoritariamente empleados, privados y estatales, mezclados con una porción importante de trabajadores. Apenas habitadas las primeras casas, y empujados por las necesidades inmediatas de diversos servicios, los habitantes —y especialmente los “vecinos conscientes”: docentes, comerciantes, profesionales y algunos trabajadores— constituyeron la Corporación Mitre, institución que asumió finalidades muy diversas, desde el fomento a la recreación; pronto se creó la Biblioteca Popular y la Academia Cultural, y desde 1930 aproximadamente, cuando las necesidades más urgentes estaban solucionadas, las actividades culturales se convirtieron en las más importantes actividades de la institución. La Biblioteca Popular de Barracas se fundó en 1939, en uno de los barrios más antiguos de Buenos

¹¹ Las dos investigaciones de base fueron realizadas, respectivamente, por Ricardo González y Juan Suriano.

Aires, por entonces totalmente poblado por casas, talleres y fábricas. Un grupo de jóvenes, que venía de participar en una asociación de apoyo a la República española, en la cual había muchos militantes de izquierda, decidió constituir esta biblioteca cuya acción, circunscripta a lo cultural, fue pronto muy intensa¹².

Las instituciones barriales

Las bibliotecas son parte de un proceso más vasto de constitución de instituciones barriales que, aunque en el período que analizamos tiene características singulares, no era ciertamente nuevo. Ya desde mediados del siglo pasado, y en relación con la llegada de inmigrantes y la modernización de la vida social, se manifestó en Buenos Aires un vigoroso movimiento asociacionista, que se aceleró en la época de la inmigración masiva. Surgieron entonces innumerables asociaciones de extranjeros, sociedades de resistencia y gremiales, organizaciones de tipo mutual, núcleos políticos, como los que organizó sistemáticamente el Partido Socialista, e instituciones de diverso género, a menudo sorprendentes, como los 268 “centros criollistas”, nutridos sobre todo de extranjeros, que existieron en la ciudad entre 1899 y 1914¹³.

Pero las instituciones barriales tuvieron un matiz diferente a medida que se fue formando en la ciudad una primera y luego una segunda periferia barrial. Durante mucho tiempo los nuevos barrios semejaron a sociedades de frontera: la “Siberia”, al decir de los pobladores de Villa Mitre. Aislados y escasamente poblados, los barrios tuvieron un aire rural: un inmenso despoblado separaba el bajo de Flores de Villa Soldati¹⁴; si bien los tranvías o los subterráneos (y desde 1929 los colectivos) acercaban el centro a los barrios, llegar hasta ellos desde la vivienda podía requerir todavía un coche de caballos¹⁵. Las compras se concentraban en el centro cercano, mientras que el “Centro” era una realidad tan lejana que para realizar tramites sencillos era habitual emplear comisionistas o procuradores.

En esta situación, las necesidades eran muchas y urgentes: además de la casa se necesitaba el empedrado, el alumbrado público y la luz eléctrica, agua corriente, transporte y aún escuelas, y todo ello era resuelto por una autoridad distante e ignota a la que sólo se podía interesar mediante la acción colectiva y la mediación eficaz. También existían necesidades de sociabilidad y de actividad recreativa —reuniones, bailes, deporte— e inclusive otras de tipo cultural. Todo ello era imperioso, y en función de ello hubo una redefinición del asociacionismo, que asumió la forma del fomentismo.

¹² Ambas asociaciones poseen libros de actas, que permitieron reconstruir su vida interna, y publicaron sendos periódicos, con los cuales fue posible acceder al universo de representaciones que se iban elaborando en el grupo.

¹³ A. PRIETO: *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, p. 130.

¹⁴ Fernando GILARDI: *Silvano Corujo*, CEAL, Buenos Aires, 1967.

¹⁵ Alberto PARAPUGNA: *Historia de los coches de alquiler en Buenos Aires*, Corregidor, 1980.

Las sociedades de fomento de los nuevos barrios, como la Corporación Mitre del Barrio Nazca, concentraron sus esfuerzos iniciales en los problemas materiales, pero rápidamente se extendieron a la esfera social, recreativa y cultural, organizando bailes, actividades deportivas o conferencias; la necesidad de gestionar mejoras edilicias las hizo incursionar también por lo político, y mientras funcionó el sistema democrático (hasta 1930) fue frecuente que estas sociedades se comprometieran en la lucha política cotidiana. Esta amplitud y difusión de los objetivos iniciales coincidió con el fuerte impulso societario, que fue amainando a medida que las necesidades básicas eran satisfechas y la sociedad de frontera se transformaba en otra, establecida y asentada.

Paralelamente fue desarrollándose una densa red de instituciones de distinto tipo: desde las más informales, como las reuniones fijas en las esquinas, los cafés o los despachos de bebida, donde “paraban” los muchachos, hasta instituciones como clubes sociales y deportivos (frecuentemente creados por esos mismos “muchachos”) o las bibliotecas barriales y otras instituciones culturales, que se verán más en detalle. En otros casos, agencias externas al barrio promovían la creación de esos nuevos núcleos: el Estado, escuelas y colegios; el Partido Socialista, abriendo centros y bibliotecas, al igual que la Liga Patriótica, una institución de derecha empeñada en combatir a la izquierda con sus mismas armas. Más esporádicamente hacía lo mismo el Partido Radical (generalmente en vísperas de las elecciones) y casi siempre la Iglesia, también empeñada en una conquista celular de la sociedad. Lo cierto es que, espontáneamente o en forma programada, los barrios se poblaron de instituciones, que se cruzaron y superpusieron, que compitieron entre sí o colaboraron y que muy lentamente fueron deslindando sus esferas específicas de acción. Todas ellas, cada una en su medida, fueron los ámbitos donde se formó la nueva cultura popular y barrial¹⁶.

Estas instituciones fueron evolucionando por diversos motivos: la solución de los problemas más urgentes las hizo más específicas y menos inclusivas; la competencia del Centro (más cercano a medida que se desarrollaban los transportes) y de la radio, nuevo fetiche hogareño, restaron público a muchas de tipo recreativo, así como lo hicieron los cinematógrafos. El desarrollo de la administración municipal quitó importancia a la función de la mediación administrativa. Cuando surge la biblioteca de Barracas, en 1939, su espacio de acción está ya precisamente recortado por una densa red de instituciones barriales.

Dos motivos permanecen y singularizan a las instituciones en esta etapa. El primero es la falta de presencia significativa de instituciones de

¹⁶ Sandra Mc GEE DEUTSCH: *Counterrevolution in Argentina, 1900-1932. The Patriotic League*. University of Nebraska Press, 1986. David ROCK: “Machine Politics in Buenos Aires and the Radical Party, 1912-1930”, *Journal of Latin American Studies*, 4, 2, noviembre 1972. Entre las variadas formas de penetración de la Iglesia en la vida social barrial se encuentra la construcción de viviendas. En 1923 tiene en construcción un barrio y un conjunto de casas individuales en Barracas; también uno en Flores (la Mansión). Allí “cada una de las escaleras sirve a seis departamentos, evitando así las aglomeraciones” y se suprimen las galerías y pasajes “de difícil vigilancia, por razones de buena moral y disciplina”. *Almanaque social*, 1923, p. 46.

tipo étnico o nacional, características de la etapa anterior. Ciertamente, en estas sociedades barriales a los inmigrantes y sus hijos les preocupaba mucho más la integración por la vía de objetivos comunes, que recordar las distinciones de origen; las expectativas se ponían en lo local y el futuro, antes que en el pasado y el extranjero. Por otra parte, es difícil registrar la presencia de instituciones sindicales que, si bien fueron importantes en barrios como Barracas (una zona densamente fabril) parecen haber mantenido una existencia diferenciada de la vida barrial.

Este descentramiento de la existencia de los sectores populares respecto del trabajo probablemente explique la amortiguación general de los conflictos sociales y de la actividad sindical hasta alrededor de 1936. Es probable que los barrios fueran principalmente residencia de quienes trabajaban lejos de allí, y no convivieran, como a principios de siglo, con otros compañeros de trabajo. Pero probablemente la explicación tenga que ver con otros aspectos, de índole cultural: el barrio es el ámbito de las experiencias asociadas con la familia, el tiempo libre, la vivienda; y el trabajo, aún cuando podía estar materialmente presente, se hallaba psicológicamente distante¹⁷.

Estas asociaciones tuvieron una importancia decisiva en la definición del perfil de las sociedades barriales. En un espacio social nuevo y aislado, poblado en cierto modo por "extranjeros", sin vínculos entre sí, y a medida que se establecían entre ellos relaciones vinculadas con su ubicación en la estructura económico-social, se desarrollaron otras, derivadas de la pertenencia de la mayoría de los habitantes a un sinnúmero de instituciones, en torno de las cuales se desarrollaba la vida de cada uno. Esto permitió el contacto entre gente diversa, no determinado directamente por su posición en la estructura productiva. Se fue configurando una trama de relaciones, surgieron jerarquías y liderazgos, se establecieron propósitos comunes y, al mismo tiempo, en torno de las prácticas societales, se fueron conformando ideas y actitudes similares.

Muchas de ellas tienen que ver con la experiencia, característica sobre todo de la etapa inicial, de la cooperación entre gente de posiciones e intereses diversos, en pro de objetivos comunes precisos. En una sociedad que había experimentado muy vivamente los conflictos sociales, en la que había tenido mucha fuerza una corriente de actitudes definidamente contestaria, que creyó que destruir y reconstruir la sociedad era una meta posible y legítima, este nuevo tipo de experiencias, encuadrado en los límites del espacio barrial, pero definido por una percepción más general de la estabilidad de la sociedad toda y de la posibilidad de aceptarla y mejorarla, parece haber marcado muy firmemente la conciencia colectiva. En relación con esto, es significativa la enorme fuerza de la "identidad barrial", meta hacia la que parecen orientarse muchas de las actividades societales, y definida tanto

¹⁷ Un antiguo habitante del barrio de Saavedra recuerda la instalación de los primeros pobladores, por obra de los loteos y del tranvía, quienes "fueron tornando lo rural en urbano;Estos primeros pobladores inmigrantes se radicaron en el barrio como residentes, pero desarrollaron su vida laboral fuera de él". *Historia de Buenos Aires*, 1, 4, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, julio de 1987, p. 2. Entre las numerosas conferencias organizadas por la Corporación Mitre en la década del 20 el tema del trabajo sólo se registra en una, pronunciada por un dirigente socialista.

en oposición con otros barrios, de los que procuraban diferenciarse y con los que competían, como del “centro” distante y ajeno. Ciertamente, ambas experiencias tienen una fuerza cambiante. Hay un periodo en el que están vigorosamente sustentadas por prácticas sociales —un emprendimiento común, como lograr el pavimento; una puja interbarrial, a través de las hojas periódicas¹⁸— que las realimentan. En otras, alejadas ya las prácticas recreadoras, se instalan sin embargo firmemente en el imaginario y moldean vigorosamente la cultura barrial.

Las Bibliotecas Populares constituyen un caso interesante dentro de ese conjunto. Acerca de su centralidad en la vida barrial, la percepción y el recuerdo de participantes y no participantes difiere notablemente: en Villa Nazca la Corporación Mitre fue una institución dominante, aunque su posición declinó luego de 1930, ante el auge de nuevos clubes y sociedades de fomento, mientras que en Barracas el ámbito de la Biblioteca estuvo circunscripto de entrada, no sólo por la presencia de otras instituciones sociales sino de algunas culturales muy prestigiosas, como la Sociedad Luz, creada a fines del siglo pasado por los socialistas, no obstante lo cual, los fundadores de la Biblioteca estimaron que lo cultural estaba insuficientemente cubierto¹⁹.

La necesidad generalizada de acercarse a lo “cultural” se canalizaba a través de diversas instituciones, que se ocupaban principal o lateralmente de esto (todas, hasta los clubes deportivos, tenían alguna “biblioteca”) de modo que solía haber competencia entre ellas. Por otra parte, y por buenas razones, ninguna se ocupaba exclusivamente de lo cultural, que debía ser matizado o aderezado con actividades más específicamente recreativas: en barrios donde todavía éstas no estaban desarrolladas, y sus moradores no tenían mayormente otra cosa que hacer, podían incluir una conferencia entre sus alternativas para el tiempo libre. Progresivamente, a medida que la sociedad barrial se asentaba, las instituciones culturales fueron diferenciándose, y también su público, como se advierte en el caso de Barracas.

Dos aspectos nos interesan particularmente: su función en la organización de la sociedad barrial y su papel en el procesamiento cultural. En el primer aspecto, estas instituciones se insertan en el proceso de formación de una elite barrial, rápidamente integrada por comerciantes, profesionales, y otros “vecinos conscientes”. (La frase es de *Labor*, la hoja de la Corporación Mitre). Estos suelen ser los primeros impulsores de las sociedades de fomento, junto con algunos de origen más humilde que, gracias a su militancia y actividad, ingresan a ese olimpo barrial, que integra también

¹⁸ Su proliferación es notable. Pueden mencionarse, entre otros muchos, *Lealtad. Revista mensual de la parroquia de Flores* (1929); *Boletín de la Asociación de Fomento de Villa Devoto* (1930); *Revista del Club Social de Liniers* (1933); *Lugano social. Revista ilustrada* (1933); *Boedo* (1938); *Boletín de la Sociedad de Fomento Francisco Santojanni y Biblioteca Popular Renovación* (1942), además de los ya citados *Nuestra Hoja* de Barracas y *Labor*, de la Corporación Mitre. Este último tiraba 1.000 ejemplares, de los cuales 500 se repartían fuera del barrio, lo que indica la preocupación por la imagen externa.

¹⁹ En 1943, en su momento de mayor desarrollo, esa institución contaba con 100 socios activos y aproximadamente 200 lectores; a las asambleas concurrían entre 20 y 35 socios.

el cura o el caudillo político. Su posición es reforzada por su carácter de mediadores con el poder administrativo, o de sustitutos, cuando éste aún no está presente.

Pero las actividades culturales requirieron de un grupo especializado: maestros, profesores de poesía, canto, inglés, recitación, dibujo e inclusive costura; también periodistas, correctores de periódicos (y todos los vinculados con la industria gráfica), empleados, y en general quienes tenían habilidades vinculadas con lo escrito²⁰. En la Biblioteca de Barracas, la primera Comisión Directiva estaba presidida por un importante comerciante, vinculado a diversas entidades culturales hispánicas; el vicepresidente era un empleado de agencia de publicidad; el secretario, un corrector del diario *Crítica*, y el resto de los miembros de la Comisión eran empleados de tienda, de los talleres gráficos Peuser y de una Compañía de Seguros. Había entre los activistas varios de extracción obrera y que sólo habían completado el ciclo primario de educación, pero en esos casos operaba una suerte de jerarquización de responsabilidades y de cargos que podían ser ocupados²¹.

Un dato más permite completar la caracterización de este grupo: muy a menudo, y aunque no se presentaran como tales, los militantes y activistas de estas instituciones culturales son socialistas, cosa explicable, dada la importancia que dicho partido asignaba a lo cultural y a la militancia. Efectivamente, para integrar este núcleo de activistas culturales se requieren ciertas habilidades básicas, relacionadas con la educación, una militancia probada y, eventualmente, contactos o vinculaciones con los núcleos establecidos de la cultura erudita, que permitan acercar conferencistas, elegir libros, etcétera (lo cual también colocaba a los socialistas en buena posición). Todo ello les da dentro del barrio a los activistas culturales, socialistas o no, un reconocimiento, tanto de saber como de vocación, que se suma a la propia convicción acerca de la importancia de su tarea. Lo cultural establece una diferencia con el resto del barrio, la que permanentemente es subrayada por los activistas con referencias a la indiferencia y aún la ignorancia del común.

Todo ello ayuda a conformar, en torno de estas instituciones culturales barriales, una elite específica, aunque vinculada con la constituida en el barrio: son los comerciantes o profesionales los que respaldan las actividades, hacen donaciones para solventarlas o ponen sus avisos en el diario barrial y eventualmente (como en el caso de Barracas) ocupan la presidencia de la institución. En síntesis, estas actividades culturales se integran en el proceso más general de conformación de la sociedad barrial, de establecimiento de lazos, jerarquía y elites.

Por otra parte, estas instituciones juegan un papel muy importante como lugar de intersección de ciertos aspectos de la cultura erudita y letra-

²⁰ Para formar una Biblioteca Popular, Angel GIMENEZ recomendaba recurrir a "los elementos que por su actividad tienen una cultura especializada, maestros, universitarios, gentes de letras, artistas". *Nuestras bibliotecas populares*, p. 104.

²¹ En esto había excepciones. Según su propio relato, Sebastián Pinzón, uno de los principales animadores de la Biblioteca de Barracas, solo había completado el sexto grado; por otra parte, había leído mucho y era un verdadero autodidacto.

da de la sociedad, y las experiencias de la nueva sociedad barrial, particularmente las asociacionistas, a las que nos hemos venido refiriendo. Esto tiene que ver con el lugar asignado en este contexto social a la cultura de los “cultos” (que, en su sentido más tradicional, denominaremos en adelante “cultura”) considerada como un elemento prestigioso y valioso, cuya apropiación merece un esfuerzo especial, tanto en el acceso mismo a sus productos como en la tarea organizativa que conlleva. Ciertamente, de ese capital cultural disponible se realiza una selección, en la que la actividad de los mediadores y militantes es fundamental; al respecto, la mención al papel de los socialistas recorta tanto un tipo de instituciones en las que ellos actúan como un ámbito de la cultura erudita que es traído a ellas.

Pero también importa el tipo de lectura de la misma que se realiza en el barrio. Es posible advertir allí qué valores y experiencias propias aparecen expresados en la peculiar selección que se hace de la “cultura” y en las formas de transmitirla y desarrollarla en las sociedades barriales, y por otra parte, qué valores y experiencias sociales son influidos por esas lecturas, que probablemente contribuyeran a reforzar tendencias implícitas en esas sociedades, a seleccionar y también a descartar.

Hogar, familia, mujer

La vida en el barrio, el pasaje de la pieza de conventillo donde se hacían en una casa que, por pequeña que fuese, permitía disponer de mayores espacios, introdujo modificaciones en el funcionamiento familiar. Los ancianos y los niños, que cada vez más eran “los escolares”, encontraron un lugar propio, en un espacio regido por el “ama de casa”. Quienes podían prescindir de emplearse, se consagraban a las nuevas y extensas tareas hogareñas, poco aliviadas todavía por la nueva tecnología doméstica²². Solía agregarse el cuidado de un jardín, huerta o gallinero, eventualmente base de una economía complementaria, y en algunos casos, trabajos de costura “para afuera”, o para algún taller o tienda.

Todo eso instalaba firmemente al ama de casa en el hogar y el barrio, donde transcurría su existencia, mientras que el hombre la compartía con su trabajo, frecuentemente distante. El viaje al trabajo, que incidentalmente creó un lugar y un tiempo para la lectura, como sugería Girondo²³, convirtió al barrio y al hogar en el reducto del tiempo libre, un espacio creado

²² Las cocinas económicas a leña perduraron hasta bien entrada la década del treinta, y sólo gradualmente fueron reemplazadas por las de gas; las compras representaron una complicación adicional en los barrios lejanos. Los electrodomésticos, que empezaban a aparecer, estaban todavía distantes de los sectores populares, con la salvedad de la radio.

²³ Oliverio GIRONDO: *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*. La realidad de este distanciamiento entre lugar de vivienda y de trabajo ha sido cuestionada por Ana María FACCILOLO en “Crecimiento industrial, expansión metropolitana y calidad de vida. El asentamiento obrero en la región Metropolitana de Buenos Aires desde principios de siglo”, *Desarrollo Económico*, 20, 80, enero de 1981. Debe ser relativizada según los barrios: con seguridad era mucho menor en Barracas que en Villa Mitre; aun así, la protagonista de *Historia de arrabal* de Gálvez reside en Barracas y trabaja en el Dock Sud, donde toda la vida tiene un estilo muy diferente.

socialmente por la disminución de la jornada de labor, pero cuya utilización, con actividades juzgadas útiles, placenteras o valiosas, habría de ser el producto de un proceso cultural complejo²⁴.

Para los hombres las alternativas eran variadas: la tertulia en el café o el club social (habitualmente un garito), el fútbol o las carreras los domingos, la práctica de deportes o inclusive la excursión nocturna al "centro". Para la familia, las alternativas eran el cine o el teatro, ambos en plena expansión en los barrios, las fiestas o bailes en los clubes sociales, o aún las tareas hogareñas, indispensables en las viviendas semiterminadas. Para las mujeres, alejadas de muchas de estas actividades por las ideas establecidas, las alternativas eran pocas: la radio, la sociabilidad barrial cotidiana. Si bien las Bibliotecas Populares ofrecieron actividades para las familias y los hombres, y fueron éstos quienes monopolizaron la dirección, las mujeres constituyeron su público principal.

Habitualmente había una presencia masiva de señoras y señoritas del barrio en todas las actividades de la Biblioteca, que en buena medida se dirigían a ellas. También dominaban en la lista de lectores. Los cursos, particularmente, apuntaban a ese público. Los de labores, telar, declamación o música (en coincidencia aquí con los de los habituales conservatorios o academias) debían satisfacer las necesidades de una cultura ornamental, característica de esas "niñas" de barrio, lectoras de novelas sentimentales o recitadoras y pianistas infaltables en cualquier velada barrial²⁵.

Además de ocupar el tiempo libre, que era mucho para las "chicas" del barrio que no trabajaban, estos cursos les permitían adquirir una cultura asociada con la incorporación y el ascenso social. Los relacionados con la capacitación apuntan a una forma más primaria de ascenso: cursos de corte y confección o de encuadernación, que permiten un trabajo compatible con el cuidado del hogar, o de correspondencia mercantil, contabilidad, taquigrafía o inglés, con los que otras, quizá obreras o empleadas de tienda, podían alcanzar la envidiada condición de empleadas o secretarías²⁶.

¿Hasta qué punto el trabajo constituía para las mujeres una meta? En Barracas parece claro que es ineludible para muchas, asalariadas en las fábricas del lugar, y que la aspiración pasa por llegar a empleadas o al menos

²⁴ Al acortamiento de la jornada propiamente dicha se agrega la generalización del descanso dominical y la progresiva extensión del sábado inglés: también, la posibilidad de una administración del tiempo más adecuada para el esparcimiento, en el caso de quienes trabajaban por su cuenta. Puede encontrarse un buen balance acerca de la cuestión del tiempo libre en Gareth Stedman JONES: "Class expression versus social control? A critique of recent trends in the social history of leisure", *History Workshop*, 4, otoño 1977, incluido en *Languages of Class. Studies in English Working Class History*, Cambridge University Press, 1984.

²⁵ Esto tiene una dimensión económica: las editoriales de la época dedicaban un espacio importante a la poesía; empresas editoriales importantes, como Julio Korn, surgieron y se consolidaron editando partituras musicales.

²⁶ En este aspecto, las bibliotecas se ubican junto a una enorme variedad de instituciones dedicadas a suministrar estos cursos. Ver, por ejemplo, Liliana PASCUAL: *San José de Flores, 1920-1930. La educación*, Centro de Investigaciones Sociales, Instituto Torcuato Di Tella, 1977.

a trabajadoras a domicilio, por ejemplo cosiendo para una tienda o taller²⁷. Por otra parte, un indicador clave del ascenso de una familia trabajadora es el momento en que la mujer puede dejar de emplearse y dedicarse plenamente a la casa y los hijos, aunque existieron formas intermedias, como las mencionadas. Las hijas desarrollaban esas existencias tan características de los barrios: ayudar en las tareas domésticas, leer, tocar el piano algunas, soñar y esperar un noviazgo con etapas claramente pautadas, que culminaban en el casamiento. Se trata de un ideal fuertemente convencional que suponía la aceptación y reproducción de normas y formas de vida propias de las clases medias establecidas, y difundidas por el cine, la radio, las revistas. Es conocida una de las alternativas a esto: el “mal paso”, el Centro... Pero incipientemente aparece otro camino, que solía denominarse “moderno”: capacitarse, trabajar como secretaria o empleada y realizar una carrera propia en una sociedad donde, en términos globales, este sector estaba expandiéndose.

Aunque no muchas lo pusieron en práctica, existía en las sociedades barriales de los 20 y los 30 la posibilidad de que las mujeres “eligieran su destino”. Si éste era un objetivo máximo, uno mínimo podía consistir en “salir sola”, tema éste discutido por el (por otra parte progresista) presidente de la Biblioteca de Barracas, partidario de que lo hicieran, siempre que no fuera con fines meramente lúdicos sino “útiles”. Muchos lugares, seguramente atractivos, seguían vedados para ellas, pero al menos la Biblioteca ofrecía una ventana al mundo, un registro de su situación y una posibilidad de potenciación de algunos de sus rasgos.

En primer lugar, era una ventana a las ideas y problemas que se discutían en el mundo y que, aunque lejanos, tenían que ver con su condición. Si un fuerte movimiento social impulsaba a los sectores populares en vías de integración a asumir las normas establecidas sobre la relación entre los sexos, desde el ámbito de la cultura letrada se recibía la discusión de estos temas, propia de la sociedad europea de posguerra. Por medio de *Claridad* o de las ediciones socialistas, o de los conferencistas que retomaban estas cuestiones, se discutía sobre la emancipación femenina, la nueva moral o la sociedad del futuro, temas presentes también, en su versión conservadora, en las novelas de Manuel Gálvez (especialmente *Una mujer muy moderna* y *Nacha Regules*). En diciembre de 1926, y coincidiendo con la discusión de la Ley de Derechos Civiles de la mujer, un conferencista habló en la Biblioteca Mitre sobre “la mujer moderna”, que distinguió de la mujer “a la moda”. Según *Labor*, “la reunión contó con un público jamás superado en nuestro barrio, compuesto en su mayoría por señoras y señoritas. A pesar de la alta temperatura, no cabía ni un alfiler en nuestro local, rebosante de público que ocupaba la vereda por completo”. El disertante, “ante los

²⁷ Según un antiguo vecino del barrio de Agronomía, “las mujeres en el barrio se dedicaban generalmente a la costura... y las más trabajaban para las grandes casas del Centro, como Muro y Albion House”. *Historias de Buenos Aires*, 2, 8, 1988, p. 8. De la aspiración a llegar a empleadas da cuenta la decisión de Fábrica Argentina de Alpargatas de ascender a tal categoría a las mejores alumnas de la escuela para obreras instalada en ese establecimiento por la Liga Patriótica Argentina. Liga Patriótica Argentina, Comisión Central de Señoritas: *Memoria de las escuelas gratuitas para obreras*, Buenos Aires, 1928, p. 43.

vivas de la concurrencia”, terminó propiciando una ley de divorcio, bien que adecuada “a las características propias de nuestra cultura”²⁸.

El episodio permite vislumbrar el modo como un planteo que, originado en los medios intelectuales, es tomado por esta sociedad barrial, en la que los fuertes impulsos al conformismo no eliminaban tendencias disidentes, quizás enraizadas en una tradición contestataria previa (el tema había sido machacado por los anarquistas) y quizá también en experiencias y aspiraciones de las “señoritas del barrio”.

Algo similar ocurría con los temas referidos al sexo. Es sabido que en la posguerra estos temas, hasta entonces callados, fueron sacados a la luz. Ciertamente, lo característico de estos sectores populares en vías de integración era una moral sexual fuertemente convencional; pero por otra parte, los grandes éxitos editoriales de estos años fueron las “novelas semanales”, rebosantes de un erotismo apenas velado, y libros como *El matrimonio perfecto* (del cual Claridad sacaba dos ediciones anuales) dedicados a la educación sexual científica y no erótica. El enorme interés por estos temas revela, probablemente, una crítica no formalizada de la moral convencional y, quizá, el desarrollo de nuevas formas de encarar lo sexual. De momento, se trata de tendencias incipientes y contrapesadas: las novelas, en las que la escritura no corre el último velo del pudor, suelen tener un final convencional y aceptable; el sexo científico es presentado en el marco del matrimonio. En uno y otro caso es posible pensar, hipotéticamente, en lecturas alternativas, quizá reveladoras de prácticas diferentes, o quizá motivadoras de ellas.

Las lecturas características de esta época, dobladas habitualmente en conferencias, permiten registrar una situación entre ambigua y conflictiva de la mujer, entre “ama de casa” o “moderna” o quizá “a la moda”. Un conflicto similar se advierte en la práctica institucional de las bibliotecas, donde también se manifiesta la reacción masculina.

En Villa Mitre, un barrio de sectores populares más acomodados, el manejo de la Corporación fue habitualmente cosa de los hombres. A las mujeres, insustituibles en tanto eran ellas las que estaban cotidianamente en el barrio, se les asignaba una tarea ancilar e instrumental: recaudar fondos, vender rifas, reclutar recitadoras y pianistas, organizar kermesses, repartir juguetes en los hospitales... Nucleadas en la Sección Femenina, eran dirigidas por un delegado de la Comisión Directiva, que asignaba las tareas. En 1926, por algún motivo circunstancial, estalló un conflicto y las mujeres, que repudiaron al delegado, exigieron autonomía y el derecho a asumir tareas de mayor importancia, a lo que la Comisión Directiva respondió suspendiendo a los miembros de la sección. La discusión se prolongó largamente y se mezcló con otras cuestiones de política, pero culminó con la disolución de la Sección, la igualación de la condición societaria... y la deserción de la mayoría de las mujeres activistas.

En Barracas la situación era diferente: desde su fundación había tres

²⁸ *Labor*, 20 de diciembre de 1926.

mujeres en la Comisión Directiva, bien que ninguna llegó a los puestos más altos, y en general existía una relación fluida entre hombres y mujeres, vistas más como “compañeras” que como “esposas”. Esto tiene que ver con la mayor presencia de las obreras y con la vinculación muy estrecha con algunas educadoras socialistas, como Delia Etcheverry. Y sin embargo, cuando el periódico *Nuestra Hoja* comenta la situación, asume un tono paternal y benevolente, subrayando la “simpática presencia” y el “delicado adorno” de las damas. Por un camino distinto, se afirman aquí las actitudes masculinas de relegamiento y se adivina la conflictiva situación femenina.

El uso del tiempo libre

Una tendencia muy significativa de la cultura de los sectores populares se aparta del mundo simbólico definido por las bibliotecas: se trata de una corriente de actitudes vitalistas, evasivas y lúdicas. Ampliamente desarrollada en la posguerra en todo el mundo occidental (y probablemente expresión de su crisis), transmitida, valorizada e impuesta de múltiples maneras, su arraigo en los sectores populares, posibilitado por la nueva disponibilidad de tiempo libre, representó un distanciamiento tanto de la tradición expresada por el anarquismo como de aquella otra, más espontánea, de la primera generación de inmigrantes, obsesionada por el trabajo y el ahorro.

Estas tendencias, cuya coherencia aparece por contraste con el ideal de cultura intelectual de las bibliotecas, se manifiesta en primer lugar en la valoración de la “vida deportiva”, el físico y lo vital: el cuidado y exhibición del cuerpo, la preocupación por la alimentación sana, las proteínas y las vitaminas, la gimnasia, la vida al aire libre, o al menos la adopción de algunos signos exteriores de esa preocupación, como el tostado o la vestimenta informal, son indicadores de una nueva actitud hacia el cuerpo, y también hacia la salud y la “vida sana”. Esta preocupación se emparenta con otra, de origen diverso y muy arraigada en la cultura letrada: la higiene, los regímenes, la profilaxis y la prevención, propios del higienismo positivista, son temas que aparecen por ejemplo en las campañas socialistas contra el alcoholismo, el tabaquismo o la tuberculosis, impulsadas desde las bibliotecas populares o la Sociedad Luz y redobladas en infinidad de libros y conferencias²⁹.

La práctica de deportes, beneficiosos para la salud, enlaza con un segundo motivo: el entretenimiento y el juego. El fútbol y el básquet atrajeron a los jóvenes del barrio, que encontraron, literalmente, campo propicio para su práctica, y estimularon la aparición de innumerables clubes deportivos³⁰. Los sociales, en cambio, se especializaron en juegos de cartas o en bailes, dominados por las mismas “barras” de muchachos. También se multiplica-

²⁹ Hugo VEZZETTI: “‘Viva cien años’: algunas consideraciones sobre familia y matrimonio en la Argentina”, *Punto de Vista*, IX, 27, agosto de 1986.

³⁰ De los 89 clubes participantes en los campeonatos de la AFA en 1985, 24 fueron fundados entre 1907 y 1910, y 21 entre 1911 y 1920. El profesionalismo fue establecido en 1931. Ariel SCHER y Héctor PALOMINO: *Fútbol: pasión de multitudes y de elites*, CISEA, 1988.

ron las salas de cine o de teatro, cuya versión hogareña eran los populares radioteatros. Los mismos deportes, convertidos en espectáculos, fueron también fuente de entretenimiento y evasión.

La búsqueda del entretenimiento se manifiesta igualmente en la lectura popular. Las editoriales que se orientaban a públicos extensos parecen deslizarse de la literatura social dominante a principios de siglo (la de tesis, que apuntaba a los males de la sociedad y a su solución) hacia otra dirigida al placer y la evasión: en los catálogos, junto con Zola o Tolstoi, aparecen las novelas de Tarzán, las policiales, que son el gran éxito de la época, y también las más tradicionales novelas amorosas. Es común que se aduzca, como argumento de venta, su “estilo sencillo” sin “deformación conceptual”³¹.

Estas tendencias parecen bastante ajenas a los propósitos y valores de las bibliotecas, donde predominaba la preocupación por el cultivo del espíritu antes que por el mero entretenimiento, y por la cultura intelectual, antes que por la física³². Sin embargo, debieron aceptarla y al hacerlo, aunque fuera parcialmente, le impusieron un matiz singular.

Aquellas instaladas en barrios nuevos, asociadas a sociedades de fomento o imbuidas del fomentismo, debieron suministrar algún esparcimiento a los vecinos carentes de otra alternativa, particularmente a las familias, que no podían ir a los bailes de los clubes, juzgados poco decentes³³. De ese modo, junto con actividades culturales específicas, las bibliotecas organizaron bailes, veladas, kermeses, excursiones campestres... aunque a medida que fueron apareciendo otras alternativas, en el barrio o en el centro, este motivo dejó de ser dominante.

Pero además de estos impulsos societales, quienes promovían el proyecto cultural de las bibliotecas debían asumir estas inquietudes, si querían competir con éxito por el público barrial. La cultura no debe concebirse como algo “serio, triste”, afirma *Nuestra Hoja*; puede disputarse el terreno incorporando el “entretenimiento” a lo cultural, dándole a aquél una dimensión “útil”. José Luis Portas, un sindicalista socialista, cuenta que, cuando joven, se acercó a la Biblioteca atraído por el ajedrez: “Era un club de barrio, y allí me pegué”. Así se captaban adherentes para las actividades culturales y, a la vez, se arrebataban niños a la calle o a los potreros, muchachos al café, las canchas o el club³⁴.

Así, se conforma un conjunto heterogéneo de actividades, realizadas en torno de la Biblioteca, que estiraron el concepto de lo cultural hasta

³¹ Luis Alberto ROMERO: *Buenos Aires en la entreguerra: libros baratos y cultura de los sectores populares*, CISEA, 1986.

³² *Nuestra Hoja* reflexiona: “Hoy apasiona más la cultura física que la cultura intelectual” (n. 12). Por otra parte las directoras de la Biblioteca Mitre, docentes preocupadas por el éxito de las novelas entre los estudiantes, sugieren que se suspendan los préstamos fuera del período escolar.

³³ Un vecino de Villa Mitre comentaba: “Hemos oído decir que este barrio, sin biógrafo, sin plaza, sin centros de diversión, es un opio. La carencia de entretenimientos era tal que hasta una conferencia sobre Quevedo y la doctrina de los estoicos tenía éxito”.

³⁴ Angel GIMENEZ recomendaba: “En vez de reunirse en torno de la mesa de un café para alacranear o para componer el mundo hablando de bueyes perdidos, o para hacer chistes, generalmente de mal gusto, hagámoslo en la Biblioteca...”. *Nuestras bibliotecas populares*, p. 105. La frase de Portas proviene de una entrevista del Proyecto Historia Oral del Instituto Torcuato Di Tella.

cubrir buena parte de lo recreativo, pero que mantuvieron la singularidad necesaria para recortar, dentro de la sociedad barrial, una porción de ella —los asistentes a sus actividades— que se definía como “cultura”. En su versión más acabada —la de los socialistas— hubo un intento de cubrir la totalidad del tiempo libre, las ocho horas de la recreación, ofreciendo una alternativa para cada miembro de la familia, pero incluidas dentro de una suerte de “plan integral”, tan orgánico como el que, en otra esfera, ofrecían las editoriales populares, sus colecciones y bibliotecas, y que aspiraba también a dar homogeneidad a tendencias diversas y contradictorias de la cultura de los sectores populares. Las Bibliotecas se ubicaron en algún punto entre esta opción y la del fomentismo, similares en líneas generales pero con énfasis distintos en medios y fines.

Lo más difícil de incorporar eran los deportes. Los espectáculos deportivos fueron considerados competidores difíciles, tanto por el público que atraían —distráido de entretenimientos útiles— cuanto de las actitudes y valores que contribuían a desarrollar³⁵. Respecto de la práctica había más tolerancia, aunque los socialistas preferían, en ese campo, la gimnasia, que no era competitiva. Las bibliotecas fomentistas, para no desconectarse de los intereses barriales, llegaron incluso a introducir el básquet, aunque en general prefirieron adherir más a distancia, por ejemplo donando trofeos. Pero el deporte por excelencia de las bibliotecas, capaz de satisfacer adecuadamente las apetencias lúdicas, era naturalmente el ajedrez.

Las fiestas y bailes se incorporaron totalmente a las prácticas de las instituciones. Orientadas a las familias, apuntaban a lograr una “alegría sana, sencilla y respetuosa” y probablemente el ambiente resultara un poco formal y acartonado para las “barras” de muchachos, que de todos modos eran cuidadosamente excluidas. Los músicos eran “serios” (los profesores del barrio) y el tango era excluido, aun en Barracas en 1940, pues algunos lo consideraban excesivamente vulgar.

Las actividades recreativas de las bibliotecas tenían una singularidad: se desarrollaban en forma totalmente mezclada con las labores culturales. En un mismo acto coincidían un tenor operístico, una tonadillera, una recitadora, un coro, un cuadro teatral y la conferencia, culminando todo con el “gran baile familiar”. Conferencia y baile no aparecen subordinados el uno al otro y más bien se refuerzan, sumando asistentes. Esta peculiar combinación se aclara más si se considera el aspecto central de las actividades de las bibliotecas: el de la “cultura”, comprensible ahora en su real dimensión.

La difusión de la cultura

Para los dirigentes de Barracas, la Biblioteca es un instrumento para difundir “cultura” entre “las clases populares”. Acentuando el sentido mi-

³⁵ Así se quejaba *La Vanguardia*: “En la calle, en la casa, en el tranvía, en la oficina, dondequiera que vaya uno, la eterna conversación es deportiva... Las bibliotecas populares se han estable-

sional y civilizador, los dirigentes de la Corporación Mitre la ubicaban “entre las instituciones guerreras de la conquista de la ciencia y la difusión del saber”³⁶. En general, todos los militantes y activistas de estos “centros de la cultura popular donde se forja la mentalidad del pueblo” entendían que la función central de las bibliotecas era difundir la “cultura” en esos nuevos ámbitos barriales que, gracias a ella, habrían de progresar. También lo entendían así los muchos que, aún sin participar en ellas, les asignaban un lugar y una función en la sociedad.

Si bien ciertas actividades culturales implicaban algún grado de creación, las bibliotecas funcionaban primordialmente como agencias transmisoras y divulgadoras de la “cultura” establecida, creada y localizada en un mundo exterior al del barrio: el de los intelectuales y, en general, el del saber universal. La fuerza de esa “cultura”, apoyada precisamente en un mundo intelectual ya firmemente constituido en Buenos Aires, se vio multiplicada por la amplia difusión de libros y publicaciones de todo tipo, destinadas al nuevo público letrado, que debía ser educado y que a la vez constituía el sostén y la razón de ser de la actividad intelectual. En ese sentido, hemos hablado de una empresa cultural para los sectores populares³⁷.

Lo singular es aquí el cruce que, en estos ámbitos institucionales barriales, se opera entre esa “cultura”, erudita y fuertemente letrada, y el proceso más general de conformación de la cultura de los sectores populares. Esta dimensión activa, por la cual un “mensaje” se trasmuta en cultura, tiene que ver con tres aspectos. En primer lugar, con la peculiar selección operada por los intermediarios, los militantes y activistas de la biblioteca, convencidos, como lo manifestaban los hombres de la Corporación Mitre, de su participación en un proceso de educación popular. En segundo lugar, con la recepción por el público de esos contenidos, su lectura y utilización, en relación con sus experiencias, sus expectativas y necesidades. Pero en tercer lugar, y quizá fundamentalmente, con un conjunto de prácticas sociales que se desarrollaban en torno de esos contenidos (a veces solamente contemplándolos, sin devorarlos ni digerirlos) y que, a su vez, devienen en formas de vida, actitudes, valores.

La dimensión creativa de las actividades realizadas en las bibliotecas no puede minimizarse. A principios de siglo había existido en muchas —sobre todo en las socialistas— una tradición de coros o cuadros “filodramáticos”. Allí las canciones, incorporadas a la cultura de muchos inmigrantes (la Marsellesa, la marcha a Garibaldi, los coros de El Trovador) se interpretaban con letras nuevas, de contenido político, junto con La Internacional,

cido un poco en todas partes para satisfacer la inquietud espiritual del pueblo. Y viven en una soledad lamentable y polvorienta. ¿No podríamos decir que la pelota de football ha derrotado a las bibliotecas?” (2-10-1922).

³⁶ *Nuestra Hoja*, Nº 12. “Las sociedades de fomento”, *Labor*, Nº 12, octubre de 1926. Los textos similares abundan. Por ejemplo: “La biblioteca da los libros, para que los hombres elaboren su pensamiento y lleven por las rutas de la vida la tea encendida del saber”. *Boletín de la Sociedad de Fomento Francisco Santojanni y Biblioteca Popular Renovación*, 1, 1, dic. de 1942.

³⁷ Una visión de conjunto de ese mundo intelectual puede encontrarse en: Beatriz SARLO: *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Ediciones Nueva Visión, 1988.

mientras que los cuadros filodramáticos representaban “obras de tesis, dramas, diálogos de propaganda” donde aparecen “el mal burgués, el buen obrero, la huelga”³⁸. Sin embargo, esta tradición más espontánea y participativa se debilitó: el Partido Socialista, por ejemplo, organizó una única agrupación coral y una teatral, de carácter más especializado y estable.

En los barrios la actividad creativa siguió por otros carriles. Como ya se dijo, abundaban allí quienes estudiaban piano o declamación, que podían reunirse en las bibliotecas para hacer u oír música (combinando en una forma muy típica de los barrios lo “culto” y cierta cuerda de lo popular, que por ejemplo excluía el tango), o para realizar jornadas literarias, todo lo cual solía luego volcarse en las “veladas”, como complemento de la conferencia³⁹. También era usual la práctica de la lectura comentada (que según Angel Giménez debía servir para acostumar a hablar en público, mejorar la dicción y originar “un pequeño debate”) o simplemente los debates, que la Biblioteca de Barracas organizó en torno de ciertos libros o cuestiones claves de la historia argentina (*El crimen de la guerra*, de Alberdi, la Revolución de Mayo) y que en el sensibilizado contexto de 1945 rápidamente derivó hacia discusiones políticas. Con estas actividades podía ampliarse y renovarse el cuadro de los activistas.

La actividad principal de las bibliotecas —antes mismo que lo específicamente atinente al libro— eran las conferencias. Solían organizarlas mensual o quincenalmente, en extensas veladas en las que, en torno de ese núcleo, se engarzaban diversos números artísticos y culturales. Ese día, y en vistas de la crecida concurrencia esperada, se alquilaba el cine-teatro barrial o un salón, aunque con frecuencia los disertantes eran vecinos del barrio (particularmente los médicos, pero también algunos aficionados al arte, o eventualmente intelectuales del lugar, como el folklorista Alfonso Carrizo en Villa Mitre), la verdadera conferencia estaba a cargo de alguien venido de afuera, del distante mundo de la cultura, cuya ajenidad precisamente lo erigía en oficiante de ese rito singular que era la conferencia barrial.

Conectarse con ese mundo de la cultura solía ser la dificultad mayor, y la tarea específica de muchos militantes barriales. Sin embargo, el de los intelectuales era todavía un mundo abierto, relativamente pequeño y poco segmentado, donde todos se conocían y en el que una recomendación abría sucesivamente las distintas puertas. Además, todos ellos estaban convencidos de la eficacia y utilidad de las conferencias, que aparecían asociadas con aquella empresa editorial en la que muchos estaban comprometidos. En este mundo es posible distinguir una zona “oficial”, entre consagrada y establecida, la de las universidades y academias, y otra más contestataria,

³⁸ Angel GIMENEZ: *Nuestras bibliotecas obreras*, p. 39.

³⁹ GIMENEZ sintetiza admirablemente la pluralidad de funciones asignada a una biblioteca. Esta puede organizar “semanalmente reuniones en su local, lo más familiares posible, sin pretensiones. Puede hacerse un poco de música; tantos aficionados existen que se están brindando por exteriorizar sus habilidades; puede agregarse algún número de declamación completando esto con una buena lectura comentada de un libro, de un editorial de un diario, de una conferencia o discurso parlamentario, que se complementaría con un debate sobre el asunto tema de la lectura”. *Nuestras bibliotecas populares*, p. 105.

en la que predominan los socialistas; pero vistas desde el barrio no se trataba de alternativas entre las que hubiera que elegir.

Los organizadores de las conferencias no se mueven con facilidad en ese mundo, cuyas reglas no conocen bien. Rara vez hay entre ellos intelectuales o artistas que sean miembros plenos de él, ni tampoco asiduos asistentes de, por ejemplo, las conferencias organizadas por el diario *La Prensa* o el Colegio Libre de Estudios Superiores. Amantes de la cultura, no siempre parecen haber sido ellos mismos devotos lectores. Así, aunque acercarse a los intelectuales no era difícil (por ejemplo, el Partido Socialista, a través de la Sociedad Luz, suministraba un amplio repertorio de conferencistas), la elección era azarosa y el resultado heterogéneo y ocasional, pues además la agenda por cubrir, a menudo frondosa, no permitía mucho rigor.

El resultado solía ser una suerte de “bric-à-brac”. Junto a las expresiones de la cultura más especializada o intrascendente aparecían temas políticos y sociales de vigoroso carácter contestatario. Esa misma diversidad se encuentra en el referente mismo de las conferencias: la masa de libros lanzados por la “empresa cultural”. La coincidencia de temas entre ambas listas es notable y revela la naturaleza exacta del conferencista, suerte de libro parlante, mediador entre la “cultura” letrada y un público devoto de ella, pero quizá no tanto de la lectura.

En el conjunto de bibliotecas pueden establecerse algunos modelos generales. Así, el de Villa Mitre era un modelo “no comprometido”, donde abundaban los temas referidos a la mujer, a la salud e higiene (campo preferido pero no exclusivo de los médicos del barrio) o la educación (Pablo Pizzurno, el conocido pedagogo, era visitante habitual), junto a las conferencias sobre arte, literatura, etcétera. El de Barracas era, en cambio, un modelo más militante: abundante historia argentina, dentro de la tradición liberal progresista reconstruida por los socialistas; educación de vanguardia (la pedagogía moderna de Olga Cossetini), cuestiones sociales (sobre todo en torno de José Ingenieros, verdadero prócer local), y frecuente presencia de intelectuales del círculo cultural de la izquierda. Pero en ninguna de las dos bibliotecas se tocaban temas políticos. Por otra parte, las coincidencias y superposiciones eran muchas. Más aún, la habitual oscilación entre academismo y revolución no parecía contrariar ninguna convicción firmemente arraigada en los mediadores o en el público, y más bien parece propia del conjunto de transacciones de este tipo, características de una cultura popular barrial que oscilaba entre el conformismo y el reformismo.

Para los asistentes, ese mundo de la cultura letrada, residente en los libros, revelado por el conferencista y recibido en las conferencias, incluye una vastísima gama de temas, de la que difícilmente haya algo excluible. De todo ello sólo es posible acceder a pequeñas porciones, rara vez vinculadas entre sí: el acceso a la cultura es más bien un picoteo que una ingesta provechosa. Ciertamente, muchos de esos temas tienen que ver con experiencias y problemas reales: ya se habló de los relativos a las mujeres, el cuerpo, el sexo o la higiene, y más adelante se hablará de otros, de índole social y política, relacionados con la experiencia barrial. Frente a ellos era

común que los asistentes fueran más y más entusiastas, que hubiera una participación interesada, discusión o aprobación. Pero frente a los otros, más alejados de la experiencia aunque correspondientes a un capital cultural considerado valioso, también solía haber un respetuoso interés.

Sin embargo, la recepción de esos contenidos no era quizá tan importante como la concurrencia misma a las conferencias: la asistencia regular a una suerte de ceremonia que contribuía a afianzar entre los concurrentes la fe en un cierto estilo de vida deseable. Algunas formas del evento muy firmemente establecidas —la ropa con la que se va, la presentación al conferencista y su posterior agradecimiento, el silencio con que se lo escucha, el aplauso final— tienen que ver con un estilo de vida respetuoso, moderado, formal, apartado de la “calle”, que en definitiva caracteriza, mejor que la sabiduría hipotéticamente adquirida, este ideal de “cultura”.

Las bibliotecas existen, sin embargo, para reunir y hacer circular libros. Pero a pesar de la proliferación de bibliotecas, los testimonios de la lectura distan de ser abrumadores. Sus clientes habituales son los jóvenes estudiantes, que consultan libros de texto y, cuando pueden, novelas; en segundo lugar las mujeres: según los críticos sólo se interesan por las “novelitas” de amor y pasión. La gran mayoría de los libros que los bibliotecarios atesoran y a veces exhiben en lujosos anaqueles con llave no son prácticamente tocados⁴⁰.

El desarrollo de la lectura en Buenos Aires desde principios de siglo y la conformación de una cultura letrada han sido reiteradamente señalados. Los diarios y revistas llegaron pronto a tener tiradas importantes. Entre los sectores populares circularon además profusamente los folletines gauchescos y luego las “novelas semanales”. La difusión mayoritaria del libro corresponde en cambio a la segunda y tercera década de este siglo, cuando un conjunto de empresas —algunas comerciales, otras de izquierda, y otras que eran un poco la mezcla de ambas cosas— descubren la posibilidad de este público, al que ofrecen, en ediciones accesibles, los clásicos de la cultura universal y del pensamiento contemporáneo, la mejor literatura y otra más de entretenimiento, poesía, obras sociales y de tesis, todo generalmente organizado en colecciones que configuraban verdaderos planes de lectura⁴¹.

Aún no se ha hecho el mapa de lectura de esta producción, notable por su cantidad y variedad. Circuló en forma azarosa —los libreros eran

⁴⁰ El sùmmum de estas bibliotecas podría ser una enciclopedia encuadrada: utilidad para estudiantes, buen aspecto exterior, idea de atesoramiento del saber. Véanse algunos ejemplos. Una biblioteca describe así su acervo: “Tomando como base una donación de mil volúmenes, a la que se agregan una colección de impresos y mapas, croquis y vistas facsímiles, retratos de personalidades extranjeras y nacionales, antiguos y modernos, grabados, impresos en litografía, oleografía, tricornos y siete cuadros pintados al óleo de banderas históricas...”. (*Boletín de la Asociación de Fomento de Villa Devoto*, 1, 2, marzo de 1930). De otra se dice que “posee un importante caudal bibliográfico... contando con todos los textos necesarios para la enseñanza secundaria desde 1ro. a 4to. año, y los veinte tomos de *El Tesoro de la Juventud*... estando próxima a adquirir una *Enciclopedia Sopena* completa, y otras obras de gran utilidad para estudiantes y lectores en general”. *Lugano social*, 5, 48-49, agosto de 1938.

⁴¹ A. PRIETO: *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*; B. SARLO: *El imperio de los sentimientos*; L. A. ROMERO: *Libros baratos y cultura de los sectores populares*.

raros en los barrios— y probablemente por eso, quienes conseguían los libros, antes que engrosar con ellos una prolija biblioteca personal, los hacían circular, lo que indicaría una cierta actitud militante por parte de los lectores. Se leía un poco de todo, sin orden ni plan —de ahí el énfasis ordenador de las editoriales—, y si las novelas policiales o los libros de higiene sexual concitaban el interés mayor, los libros de crítica y reforma social parecen concentrarse en el círculo más restringido de los militantes, que probablemente eran una parte de aquel de los activistas barriales⁴².

Tenemos así la paradoja de que existe una sociedad letrada, una cultura letrada, una red de bibliotecas y, sin embargo, hay una escasa actividad de lectura en ellas. Pero precisamente la poca lectura es la prueba del peso de la cultura letrada. Aunque no se leyera o se leyera poco, los libros cumplían una función esencial, más simbólica que real, en estas instituciones de la cultura popular. Si las bibliotecas son en realidad asociaciones solidarias en torno de las cuales se articula la sociedad barrial, y también agencias culturales de objetivos diversos, su existencia requiere imprescindiblemente de los libros, que cumplen un papel aglutinante, justificatorio y legitimador. En nombre de esa suerte de objeto sagrado es posible desarrollar todo un conjunto de actividades que, en realidad, tienen que ver sólo indirectamente con él.

Si el libro cumple esa función, imprescindible para la existencia de esas asociaciones (y aún para apoyar la constitución de otras —como los clubes sociales, que no teniéndolo como objetivo declarado se sienten obligadas a constituir su biblioteca—)⁴³ es porque de algún modo es el símbolo máximo de la “cultura”, o más exactamente de un modelo de cultura que esta sociedad considera valioso y digno de ser difundido, en buena medida ornamental pero también crítico. En los libros se encuentra aquella cultura que se debe adquirir pero además, ellos mismos son algo así como cultura objetivada, visible, mostrable y acumulable. Más que su lectura, su presencia en los estantes de la biblioteca es la expresión, directa y sin modificaciones, de una cultura que crece y puede ser exhibida como un logro de la institución y del medio social todo.

La imagen de la sociedad

¿Por qué se registra tan débilmente en estas sociedades barriales el conflicto social? En parte, quizá, por el distanciamiento ya anotado de lo

⁴² Beatriz SARLO destaca la circulación de las novelas semanales: *El imperio de los sentimientos*. La revista *Billiken* recomendaba a los padres que hicieran circular el ejemplar. Abundantes testimonios de circulación de obras literarias y ensayos entre militantes políticos y sindicales se encuentran en las entrevistas del *Proyecto Historia Oral*.

⁴³ Un ejemplo de esta transición de lo específicamente social a lo cultural lo da esta versión de su propia historia del Club Social de Liniers. “Desde su fundación hasta ahora el Club ha seguido una línea ascendente de progreso... Centro de esparcimiento en su principio, fue incorporando poco a poco nuevas actividades... Fue el primero (en su barrio) que dio una nota destacada de alta intelectualidad (organizando una exposición artística). Corresponde ahora totalizar esa obra: tenemos una espléndida biblioteca que hay que llenar de libros... haciendo de nuestra institución una especie de universidad popular, de casa de estudios”. *Revista del Club Social de Liniers*, IV, 39, mayo de 1936.

que era el escenario clásico del conflicto: el lugar de trabajo. Aún en los barrios obreros y fabriles, como Barracas, los sindicatos pesan poco en la vida local y no se cruzan con las asociaciones e instituciones típicas del barrio. Pero quizá se deba, sobre todo, a la atenuación del conflicto social mismo, visible luego de 1920: antes de que el golpe del '30 clausurara la vida política, el sindicalismo había impuesto a la acción gremial una pauta negociadora, con las empresas y con el Estado, que implicaba una visión de las relaciones sociales y del poder sustancialmente diferente de la predominante a principios de siglo.

Es posible atribuir esto, como se ha hecho, a la eficacia de la represión anterior, especialmente intensa con los anarquistas. En cierta medida, también tiene que ver con la percepción, sobre todo por parte de los dirigentes, de una sociedad mucho más sólidamente establecida que a principios de siglo, y un Estado con una capacidad de acción, de penetración y de presencia enormemente acrecidos, de modo que las ideas acerca de su derrumbe se manifestaban utópicas. Es posible que, en la entreguerra, la hegemonía se haya construido en parte sobre la resignación. Pero sobre todo, en la sociedad porteña de la entreguerra el progreso económico, general aunque desigualmente difundido, atenuó la conflictividad, disolviendo por obra de la movilidad social el conglomerado macizo de trabajadores; del mismo modo, la expresión más típica de ese progreso, la formación de los barrios, disolvía físicamente la masa hacinada en el viejo centro.

En el proceso de integración de los sectores en ascenso, junto con los logros económicos o sociales, tuvo particular importancia la educación, no sólo como vehículo de la hegemonía sino, en un sentido muy fuerte, como logro y conquista de unos sectores populares que se apropiaban de bienes de los que hasta entonces habían estado excluidos: una sociedad popular letrada y nacionalizada encontraba en la cultura la vía de la incorporación. Las nuevas generaciones penetraban en este universo naturalmente, a través de los canales establecidos por el Estado, pero los adultos que habían recibido una educación deficiente enfrentaban el desafío de completarla si aspiraban a mejorar su posición social.

En muchos casos se trató del ascenso individual, del mejoramiento a través de la educación técnica o de los cursos profesionales⁴⁴. Pero en el ámbito de las bibliotecas barriales pesó sobre todo la ambición de incorporarse al mundo de la "cultura", es decir al bagaje cultural propio de las elites, acumulado y canonizado. En ese sentido operaron conjuntamente las bibliotecas, las conferencias y los libros de ediciones baratas, detrás de los cuales se dibuja la presencia de un mundo de intelectuales, más o menos profesionalizados, y la elaboración de una propuesta cultural que registra las necesidades del público al que se dirige y que, a la vez, le propone un camino.

⁴⁴ El número de instituciones dedicadas a la enseñanza profesional es muy alto. Junto con las académicas e institutos de carácter comercial, había escuelas de artes y oficios, que a menudo funcionaban en las mismas escuelas públicas, y otras creadas por sindicatos, clubes, centros políticos, y también las llamadas Universidades Populares, como las de la Boca, Boedo o Flores.

Para un público adulto, con escasa formación sistemática, y que a la vez tenía un gran respeto por la cultura, se le ofrece en primer lugar una selección de lo mejor de la cultura occidental, desde los griegos hasta el siglo XX, con la condición de estar signado por algún tipo de consagración (como por ejemplo un premio Nobel). La selección es confesadamente ecléctica —incluye lo que todo hombre culto debe conocer, es decir un poco de cada cosa— y aspira a presentar su objeto como sencillo, comprensible, al alcance de cualquiera. Por otra parte, frente a lectores o receptores que carecen de una estructura intelectual para incorporar lo que reciben, o aún de criterios para realizar una selección propia dentro del vasto universo de la cultura, aquí se les ofrece, a través de las colecciones, una selección fuertemente ordenada⁴⁵.

El resultado es la adquisición de un barniz cultural, es decir de una cultura que, en parte al menos, tiene una función ornamental. Frente a lo que había sido la tradición anarquista, que apuntaba a los conocimientos “realmente útiles”, capaces de transformar el mundo, se trata aquí de unos conocimientos que apuntan a la integración social, que ofrecen modelos para ello, similares en cierto sentido a los que, en otros registros, pueden suministrar la revista *El Hogar* o el cine de los teléfonos blancos.

Pero junto con la del ascenso y la integración, otra experiencia igualmente fuerte caracteriza la vida barrial: la de la cooperación. La práctica fomentista decanta en un ideal de cooperación entre personas que, más allá de las diferencias sociales que existen en un barrio, pueden hacer confluir sus intereses en torno de objetivos comunes. Esa actitud supone una valoración del altruismo y la solidaridad, a través de los cuales se incita a evitar “el positivismo yankee”, por el cual “el egoísmo se ha convertido en la única razón de vivir”⁴⁶.

Esta experiencia, que privilegia la cooperación por encima del conflicto, se cruza sin duda con otras contemporáneas, como la del sindicalismo negociador, y en cierto sentido encuentra un campo de reconocimiento en toda una corriente literaria, dominante en general en este circuito de las conferencias y los libros. Aunque atenta y muy sensible a los problemas sociales, esta corriente los enfoca desde una perspectiva fundamentalmente humanista. Tal lo que puede advertirse en obras muy clásicas de esta época, como *El fuego* de Barbusse, *Sin novedad en el frente* de Remarque o *Los hombres de buena voluntad*, de Jules Romain. Allí los temas críticos de la sociedad, y particularmente la cuestión de la paz, aparecen reformulados en términos menos politizados que los dominantes en la izquierda clásica, más universales y humanos, en los que la imagen de la sociedad de clases, y de los conflictos entre éstas, aparece en cierto modo desdibujada.

Si algunas experiencias sociales de los barrios apuntan hacia la integración social o la cooperación y solidaridad, otras pueden reconocerse, en parte al menos, en la antigua línea contestataria. Pero a diferencia de la

⁴⁵ Claridad por ejemplo, editaba Los Poetas, Los Realistas, Los Nuevos, Novelas de Aventuras, Clásicos del Amor y una serie Sherlock Holmes, además de la exitosa Biblioteca Científica.

⁴⁶ “Esperanzas y realidades”, *Labor*, 25 de octubre de 1928.

antigua masa trabajadora, este sujeto social es básicamente letrado, y por ello dotado para recibir un mensaje que se caracterice no sólo, o principalmente, por lo emocional (como ocurría con el anarquista) sino más intelectual, complejo y elaborado. Así, el sistema de bibliotecas, libros y conferencias apunta, en una de sus líneas más significativas, a suministrar elementos para la comprensión intelectual de los mecanismos profundos y menos visibles de la sociedad. La literatura de izquierda, pero también los educadores o los higienistas, apuntan a revelar las claves de los problemas sociales.

La búsqueda de soluciones para esos mismos problemas, vistos en una escala cercana, son los que impulsan la acción fomentista o todo el proyecto cultural de las bibliotecas. Se trata de mejorar las condiciones de funcionamiento del lugar donde se ha constituido esta sociedad barrial, de sustituir la acción de un Estado deficiente, o de dialogar, discutir y negociar con él. Hay para los fomentistas barriales todo un campo de reformas posibles, de modificaciones concretas de una realidad cuyos parámetros fundamentales no parecen cuestionables pero que, a partir de ellos, puede mejorarse, por obra de la acción solidaria, y también de la razón.

Esta misma vocación reformista, dentro del marco de lo posible, es fácilmente identificable en el mensaje que recorre el circuito de libros, bibliotecas y conferencias y que encarna en las prácticas barriales. Antes que a la descalificación global del orden social y la propuesta de una utopía, propia de la tradición anarquista de principios de siglo, toda la literatura social de la época apunta al estudio de problemas concretos y a la búsqueda de soluciones posibles y racionales, sin excluir por ello la reacción ante la injusticia evidente. La fe en el progreso, que del positivismo pasa al socialismo, confluye con la reacción indignada más elemental, ante lo que se llamaba “el dolor argentino”, y confluye en la busca de la “justicia social”⁴⁷. Pero esto se aplica a cuestiones específicas: la tierra y la reforma agraria, el sistema sanitario, la educación, la condición de la mujer, la higiene. Si la Unión Soviética y sus “asombrosas realizaciones” es mirada con atención, no se debe tanto al compromiso político como a la admiración por una sociedad que —se pensaba— era a la vez racional y justa.

Así puede advertirse cómo se abre paso la idea de justicia social, que en esta sociedad no es incompatible con la del ascenso social sino complementaria⁴⁸. Probablemente tenga muchos orígenes simultáneos —tanto en el socialismo como en el pensamiento social de la Iglesia—, pero se desarrolla porque empalma con algunas experiencias sociales, de las cuales la vida barrial parece mostrar un repertorio bastante amplio.

Conclusiones

El estudio de las actividades “culturales” barriales nos ha permitido vislumbrar algunos aspectos de la cultura de los sectores populares de Buenos

⁴⁷ *El dolor argentino* y *La justicia social* son precisamente dos obras de Alfredo L. PALACIOS.

⁴⁸ Esta idea ha sido planteada con agudeza por José Luis ROMERO en *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1976, cap. 7.

Aires en la entreguerra, sus representaciones, actitudes y valores, sus ideas de la vida y la sociedad. Hemos podido observar algunas dimensiones de las nuevas sociedades barriales y, sobre todo, el cruce entre las experiencias sociales allí nacidas y ciertos rasgos de lo "cultural" (muy relacionado con el mundo intelectual y letrado) en el ámbito de unas instituciones singulares: las bibliotecas populares.

En ese proceso se conformó el núcleo de una nueva forma de identidad de los sectores populares porteños, diferente de aquella trabajadora y contestataria que predominó a principios de siglo y también de esa otra, más definitivamente obrera, de la segunda posguerra. Fue popular porque englobó un sector más amplio que el de los estrictamente trabajadores, y porque el trabajo y sus problemas no constituyeron el centro exclusivo ni aún el principal de sus preocupaciones. Las instituciones típicas de esta nueva forma de identidad fueron las barriales —el club, la sociedad de fomento, la biblioteca popular—, las que a su vez tuvieron un papel fundamental en la organización de las nuevas sociedades, en la conformación de sus redes y jerarquías.

Dentro de ellas, las dedicadas centralmente a la cultura parecen haber ocupado un lugar importante. Fueron sus activistas, fuertemente imbuidos de la importancia de lo "cultural" en el progreso individual y colectivo, los que empalmaron las experiencias singulares de esta nueva sociedad —como la cooperación, la reforma, la mejora individual, todo en el marco del tiempo libre— con los mensajes y contenidos traídos del mundo de los cultos y llegados bajo la forma de libros o conferencias. Fueron eficaces porque combinaron estas actividades con otras que respondían a diversas necesidades de estas sociedades: vida de relación, entretenimiento, educación. Al hacerlo, se incorporaron ellos mismos a la elite barrial que se estaba formando y promovieron, con la defensa de lo "cultural", su lugar en ella.

Descentrada del trabajo, la vida de los sectores populares se organizó en torno de otros núcleos: el tiempo libre, la familia, el hogar, que gracias a la "casa propia" en los nuevos barrios encontró el espacio material para reorganizarse y asumir mayores funciones. La mujer trabajadora pudo dejar el taller o la fábrica (aunque a menudo siguió trabajando en el hogar), se convirtió en ama de casa y en participante activa y permanente de la vida barrial. Simultáneamente, otro movimiento más general de la sociedad empujaba a las hijas de familia de los sectores más acomodados hacia nuevos empleos y en general a una vida más libre y menos convencional. Unas y otras descubrieron la posibilidad de capacitarse para aspirar a un puesto de empleada u oficinista, o simplemente llenar las horas vacías aprendiendo algo y asomándose al mundo: junto quizá con los estudiantes, las mujeres fueron la base de las actividades de las bibliotecas.

En ellas su situación fue ambigua, pues su acción fue estimulada y a la vez restringida por los hombres. Por entonces, como en todas partes del mundo, las relaciones entre los sexos fueron haciéndose más libres, pero en los barrios esto consistió en un interés básicamente libresco por cuestiones tales como los derechos civiles y políticos, el divorcio, el erotismo o los

aspectos científicos del sexo, que fueron la materia de los mayores éxitos editoriales y de conferencias.

Los aspectos científicos del sexo, camino para derribar un tabú, son a su vez parte de una revaloración del físico y la vitalidad, también propios de la época, que en los barrios se manifiesta, quizá modestamente, en un creciente interés por los deportes. Las actividades deportivas (el fútbol en primer lugar, pero también el básquet) fueron junto con el juego (de azar) y la “cultura” los grandes motores del asociacionismo y los grandes competidores de ésta. No faltaban por cierto motivos de oposición entre estas actividades, y para los militantes de la cultura el fútbol era la opción negativa, la causa del despoblamiento de las bibliotecas. Pero no se trataba de una actividad ajena al conjunto de las de la biblioteca: todas ellas llenaban, en primer lugar, un espacio temporal acrecido, las “ocho horas para lo que queremos hacer”. Más aún, todos lo hacían, en mayor o menor medida, en un estilo que privilegiaba lo lúdico, el entretenimiento, la evasión, al igual que la radio, el cine, los bailes o los picnics. Ese vuelco al entretenimiento es correlativo de una baja en las actividades que tienen como objetivo la contestación social.

Las actividades de la Biblioteca llenaban en parte las necesidades de sociabilidad y entretenimiento, para las mujeres y para las familias, que no se encontraban cómodas en los clubes de juego o deportes, más definitivamente masculinos, y a quienes les estaban vedadas las diversiones del Centro. También, aquellas que tenían que ver con la capacitación y el mejoramiento individual, características de una sociedad como la porteña, en la que la educación era uno de los elementos principales de la movilidad social. Pero a ello le agregaba una mucho más específica: el acceso al mundo de la “cultura”, de la cultura establecida, letrada (y en ocasiones artística) y erudita, al acervo cultural acumulado por la sociedad y resguardado por los “cultos”, administradores de su distribución dosificada. Se trata de un acceso fragmentario y ocasional, pese a que la voluntad es permanente; de un picoteo asistemático a una cultura que, así adquirida, es más ornamental que útil. Y sin embargo, en torno de esto se constituyó una suerte de religión laica, en la que los libros fungían de objetos sagrados y los conferencistas de celebrantes. Hay muchas explicaciones posibles de este fenómeno pero una (y no la menos importante) pasa por la voluntad de incorporación a la sociedad establecida y a su “cultura”, juzgada valiosa y digna de ser adquirida. Constituye otra dimensión de una sociedad en la que el conflicto es subordinado a la integración.

En otros aspectos más estas bibliotecas expresan características de las sociedades barriales: son el resultado de un emprendimiento común, el fruto de una tarea que interesa igualmente a la maestra, la costurera o la simple ama de casa, al obrero, al comerciante, al profesional o al desocupado: en fin, a todo ese espacio social que hemos caracterizado como popular. En sociedades nuevas, en formación, con espíritu de frontera, las dificultades comunes que deben ser superadas, las metas colectivas, no sólo son expresión de una sociedad donde el conflicto se relega, sino que son fuente de expe-

riencias persistentes, que tienen que ver con la cooperación entre integrantes de sectores sociales diferentes, y también con la mejora de la sociedad, con su reforma.

La preocupación por la reforma constituye precisamente un rasgo importante, que empalma estas experiencias sociales con los mensajes del mundo intelectual. He aquí una actitud bien diferente de la contestataria de impronta anarquista. Ciertamente, son muchos los que se preocupan por transformar la sociedad, desde el Partido Comunista hasta la Liga Patriótica. Pero en estas bibliotecas se encarnó una veta especial de esa preocupación, la de la reforma profunda y posible a la vez, que sigue al análisis y crítica racional de la realidad, y se guía por criterios de justicia social. Buena parte de la literatura de lo que denominamos una “empresa cultural” confluye con las actitudes espontáneas de los militantes de sociedades de fomento y bibliotecas.

Tales los rasgos de esta identidad, que se constituye en el ámbito de los sectores populares, cristalización provisoria y parcial que coexiste con tendencias diferentes y hasta antagónicas y que hemos denominado “popular”. Luego de 1945 la decadencia de las instituciones barriales, y especialmente de las bibliotecas, es visible y acelerada: a las obvias causas externas —fue frecuente que las autoridades desconfiaran de ellas, las vigilaran y hostilizaran— hay que agregar otras internas de mucho más peso. Parecería que la fuerza principal de todas ellas fue la situación “de frontera” de los barrios nuevos. A medida que se consiguen los objetivos, que se satisfacen las necesidades más urgentes, el interés colectivo va declinando. Las bibliotecas, particularmente, fueron abandonando su dimensión fomentista o social y, circunscriptas a lo cultural, tuvieron más dificultades para sobrevivir. Podría agregarse que el mismo impulso vigoroso originario se encontraba por entonces, con seguridad, en los nuevos asentamientos del conurbano, en el vasto y confuso Gran Buenos Aires.

Pero la causa principal fue, con seguridad, la cristalización de una nueva identidad de los sectores populares, que provisoriamente al menos podemos denominar “obrera”. Silenciosamente casi, a lo largo de la década del treinta, fue transformándose el mundo del trabajo en Buenos Aires, por obra de la industrialización, de las migraciones internas, de la sindicalización, de la repolitización. Hubo indicios evidentes de esto: la huelga de la construcción de 1936, la reorganización de la CGT, las polarizaciones creadas por la Guerra Civil Española, pero en rigor nadie supo entonces unir estos cabos. Lo ocurrido entre 1943 y 1945, y sobre todo la jornada fundadora del 17 de octubre de ese año, pusieron un sello a esa identidad, poderosamente machacada luego por la acción de los medios masivos y, en general, de lo que se ha llamado la política populista.

En ciertos aspectos se trató de una experiencia original: por ejemplo, el trabajo volvió a ocupar un lugar central en las vivencias y en las representaciones colectivas. En cierto sentido éstas fueron la obra de los poderosos medios de comunicación y en general de la acción omnipresente del Estado. Pero ni unos ni otros escribieron sobre una tabla rasa, y de alguna manera

la cultura de los sectores populares porteños estaba preparada para recibir, reinterpretar y potenciar el mensaje populista. Se abre aquí el terreno para otra investigación. Por ahora, puede quedar como reflexión la relación entre la ideología populista y las experiencias de las sociedades barriales en relación con la cooperación y la reforma, y las ideas, casi espontáneas, de justicia social, amasadas con otras relativas al ascenso individual.

RESUMEN

La ciudad de Buenos Aires experimentó, entre el fin de la Primera Guerra y el de la Segunda, cambios físicos, sociales y culturales que configuran una etapa definida de su evolución social.

Quizás uno de sus rasgos más característicos sea la constitución de barrios nuevos, cuya aparición tiene que ver con el crecimiento urbano peculiar.

En estas nuevas sociedades barriales tuvo enorme importancia la aparición de asociaciones de distinto tipo, entre las que se encuentran las bibliotecas populares, que constituyen uno de los ámbitos específicos en los que se reconstituyó la cultura de los sectores populares en tanto muchas de las cosas que allí ocurrían empalmaban con experiencias novedosas y singulares.

Para ello, en la primera parte de este artículo, se analiza la posición de estas instituciones, como bibliotecas y socieda-

des de fomento, en la formación de la sociedad barrial. En la segunda se considera la relación entre las bibliotecas y el nuevo tipo de vida y organización familiar, y particularmente la nueva posición de la mujer, que no por casualidad constituye el público principal de las bibliotecas. En la tercera se considera la función de las bibliotecas, compartida con otras instituciones, en la utilización del tiempo libre. En la cuarta se analiza la dimensión específica de estas bibliotecas: su papel como intermediarias respecto del mundo de la "cultura". Con estos elementos se encara, en la quinta sección, un tema que ocupa una posición central en esta forma de cultura: la percepción de los conflictos sociales. Finalmente, en las conclusiones se resumen y relacionan los distintos aspectos de esta cultura y se esbozan las causas posibles de su transformación.